



CAPITULO XVI.

Reorganizacion del ejército.—Se manda una partida de caballería sobre el Rio Brazos.—Se adelanta el coronel Garay sobre el Colorado.—Se da parte al gobierno.—Se da orden al coronel Ugartechea para que mande viveres al Colorado.—Marcha el ejército sobre el Rio Colorado.—Temporal.—Arroyo de San Bernardo.—Se reciben pliegos del general Santa-Anna.—Junta de guerra.—Contestacion al general Santa-Anna.—Se da cuenta al gobierno, de estas ocurrencias.—Marcha el general Woll al campo enemigo.—Se da aviso al general Andrade.—Aumenta la creciente del arroyo.—Se manda retirar el destacamento de Matagorda.—Informes de los prácticos.—Impudencia del general Urrea.

En consecuencia, el dia 25 descansaron en la habitacion de Mad. Pawell: allí se dió nueva organizacion á las brigadas, poniéndose la primera á las órdenes del general Gaona, la segunda á las del general Tolsa y la tercera á las del general Urrea, dándole el nombre de reserva, porque en ella se dió lugar á toda la caballería, y quedando de segundo el general Sesma. Esa mañana temprano, se habia hecho volver al teniente presidial D. Pedro Rodriguez, con un piquete de caballería compuesto de individuos de los regimientos de Dolores, Tampico, y compañías presidiales para Holds-Fort, con objeto de recibir allí á los dispersos que todavia pudieran presentarse de la accion de San Jacinto, y ver si se adquiririan nuevas mas positivas del general en gefe. Este ofi-

cial permaneci6 en aquel punto hasta la mañana del 26, sin otro resultado que el de recoger un muchacho, un arriero y una muger que se habian quedado del otro lado del rio por miedo al general Gaona, que habia amenazado al segundo porque habia extraviado la papeleta del batallon Aldama.

Decidido ya el movimiento retr6gado, nada parecia mas conveniente que verificarle por el camino mas recto, para poder con mas prontitud aprocsimarse á los destacamentos, y á los recursos, y poder dar principio á todas las operaciones que se habian propuesto. El general Filisola no sabia mas camino que el que habia llevado por el de Béjar á San Felipe y de allí á Holds-Fort; pero el general Urrea manifest6 delante de todos los compañeros, que el camino mas corto, el que mas convenia y por el que todavia se podian encontrar algunos auxilios y mas medios de repasar el Rio Colorado con alguna comodidad, era el que él mismo habia traído, y al efecto propuso, se adelantase el coronel D. Francisco Garay con un destacamento de tropas y varios artesanos de los prisioneros, para que fuesen á preparar todos los medios posibles para repasar el mencionado rio en el parage llamado el Casey; y en efecto el espresado coronel parti6 ese mismo dia con 125 hombres de infantería y caballería, las herramientas y los artesanos que habia, como sigue: 50 hombres de infantería del batallon activo de San Luis. 25 soldados de caballería del regimiento permanente de Tampico. 25 idem del escuadron auxiliar del bajío. 25 idem de caballería presidial. 20 artesanos, carpinteros, canoeros, &c.

Se dió, en consecuencia, de todo lo ocurrido y determinado, segun lo que hasta aquella fecha se sabia, noti-

cia al supremo gobierno, en los términos que espresa el siguiente parte:

“Ejército de operaciones sobre Tejas.—Escmo. Sr.—El Escmo. Sr. presidente general en jefe de este ejército, salió el día 14 del presente, de Holds-Fort á la orilla izquierda del Rio Brazos con 750 hombres escogidos en las divisiones, con una pieza de á 6, y dejando en el espresado punto de Holds-Fort, en la orilla derecha, el resto de los cuerpos que S. E. mandaba en persona. Yo llegué allí el 16, y el Sr. general Ramirez y Sesma me entregó desde luego el mando y permanecí acampado segun las órdenes é instrucciones que S. E. se sirvió dejarme al marchar.

El día 18 me pidió 500 hombres á las órdenes del Sr. general Cos, que se le remitieron al momento; mas todas estas fuerzas fueron completamente batidas el 21 á las inmediaciones de New-Washington, poco mas adelante de Harrisbourg, sin haberse librado mas que tres oficiales y seis hombres; en consecuencia, yo he reunido las fuerzas del ejército que se hallaban en diferentes direcciones, haciendo que se me incorporasen los señores generales Gaona y Urrea, y careciendo de bases de operaciones, porque S. E. no habia adoptado aun ningnna, así como de subsistencia de todas clases, y medios de conservacion indispensables, voy á establecer aquella sobre la orilla derecha del Colorado, en donde podré recibir los auxilios necesarios y pormenorizar á V. E. este triste acontecimiento, al paso que reorganizar las fuerzas para emprender de nuevo las operaciones militares.

Sírvase V. E. ponerlo en conocimiento del Escmo. Sr. presidente interino, manifestándole el sentimiento que me ocupa, así como á los dignos militares que me acompañan:

Dios y libertad. Habitación de Mad. Pawell, á cinco leguas del Rio Brazos. Abril 25 de 1836.—*Vicente Filisola*.—Escmo. Sr. secretario de guerra y marina.”

El mismo día 25 mandó orden al coronel D. Domingo Ugartechea, comandante militar de Goliad, para que remitiese á Guadalupe Victoria todos los víveres y dinero que hubiese recibido de Matamoros, encargándole mucho la economía, el cuidado de los caballos que habian venido de Matamoros, y la vigilancia, con otras prevenciones analogas, como sigue:

“Ejército de operaciones.—Los víveres y dinero que V. S. debe haber recibido de Matamoros, los hará remitir á Guadalupe Victoria, conforme con las órdenes que V. S. tiene de S. E. el general en jefe y del señor general Urrea, sin disponer de otra cantidad que de la de mil pesos, segun lo indicó el mismo señor general, y de las raciones muy precisas, pues es preciso observar la mayor economía.

La caballería venida de Matamoros, obrará V. S. con ella, tambien conforme con las disposiciones que le ha dictado el Sr. general Urrea dándome parte inmediatamente de haber cumplido esta orden.

Dios y libertad. Casa de Mad. Pawell, Abril 25 de 1836.—*Vicente Filisola*.—Señor coronel D. Domingo Ugartechea, comandante militar de Goliad.”

Al coronel D. Juan Davis Brad-Burn, comandante del fondeadero del Cópano, se le previno que el buque que debia llegar con víveres de Matamoros á aquel puerto, y de allí ir al de Brazoria, segun las órdenes del general en jefe, no pasara de aquel fondeadero, sin espresa orden del general Filisola, bajo su mas estrecha responsabilidad.

El día 26 emprendieron la marcha las tres brigadas, cu-

briendo la retaguardia el general Urrea con la suya; porque el camino era todo llano y abierto, y en ella, como se lleva dicho, estaba la caballería. A las dos leguas dejaron el camino que va á San Felipe de Austin, y á cosa de una legua mas, se encontraron con un arroyo de los varios que forman el San Bernardo. El dicho arroyo corre muy encajonado, su lecho es muy cenagoso y el paso sumamente estrecho: presentaba, de consiguiente, muchas dificultades para pasarlo. Los equipages, municiones, &c., marchaban á la cabeza, y mientras fueron desfilar, se mandó hacer alto á las brigadas y que formasen en batalla con el frente á retaguardia; quedando toda la division formada en tres líneas.

La operacion de pasar el arroyo fué molestísima, porque hubo necesidad de formar un nuevo paso con ramas, trozos de madera &c., para que las piezas no se enterrasen, y poner dobles tiros de mulas á cada una y á los carros para poderlos hacer subir al otro lado. Los Zapadores, ayudados de las compañías de granaderos, y de los oficiales, gefes y generales que personalmente trabajaron, se ocuparon á porfia en aquella laboriosa operacion; debiéndose decir en honor de la justicia, que no fué el que menos trabajó el mismo general Urrea.

No se habia llegado á la mitad de ella, cuando el cielo se oscureció de repente, y á continuacion comenzó á llover arreiciando gradualmente, hasta parar en una especie de diluvio, de manera que apenas habian acabado de pasar las últimas tropas, cuando el paso quedó inutilizado y bajaba por el arroyo un caudal tal de agua, que lo hizo impracticable. Se continuó la marcha, cayendo la agua á cántaros sobre las tropas, hasta una pequeña habitacion de madera de unas cinco varas en cuadro, que casi nadaba en el agua. Por junto á ella corria un arroyo: el terreno todo estaba convertido en una laguna: la

noche se acercaba y la lluvia continuaba con fuerza. Las brigadas iban con alguna distanciea unas de otras, y era preciso reunir las y ver con la luz del dia la situacion mas cómoda y militar que se les podia dar, para pasar la noche: que se pusiesen los ranchos para la tropa, &c. Se mandó, pues, que las brigadas formasen un cuadro aunque irregular. El lado derecho que cubria el camino que habian traído, lo ocupó la del general Tolsa: el del frente la del general Gaona y el izquierdo lo cubrió la del general Urrea cuando llegó, que ya era bastante entrada la noche; formando el cuarto lado, ó la espalda si se quiere, el citado arroyo; siendo en consecuencia el puesto mas seguro en cualquier evento el que ocupó Urrea; porque se creyó deber aquella mayor seguridad á la caballería que venia á sus órdenes, para que en todo caso tuviesen tiempo para poder ensillar, &c.; mas nunca porque se creyese inferior su tropa, á las demas del ejército.

La noche fué de las mas penosas: los cuerpos la pasaron en cuclillas, con el fusil, derecho en las manos, llegando el agua á las asentaderas: la lluvia desde media noche en adelante, comenzó á apaciguarse algun tanto, de manera que al amanecer el dia 27, ya habia casi cesado; mas no sin indicios de volver á arreiciar.

Se emprendió la marcha despues que la tropa comió el rancho, y de haberse prevenido al general Urrea que despachase hácia el arroyo que se habia pasado el dia anterior, un oficial con algunos hombres de los mejores montados que tuviese, con el objeto de recoger los dispersos que hallasen y dar aviso de cualquiera otra novedad que advirtiesen á nuestra retaguardia. A las tres leguas caminando en parte con el agua á media pierna, se encontró la division con otro de los arroyos que forman el San Bernardo, que corre culebreando de N. O. á S. E. en inmensidad de vueltas, el que, por mas diligencias que

practicaron, no fué posible encontrar medio alguno de pasarlo; porque ademas de la mucha agua que llevaba de su anchura y de lo fangoso de sus orillas y lecho, tenia una multitud de encinos que impedian el paso: fué, pues, preciso esperar al dia siguiente, para ver si en el resto del en que se estaba y en la noche intermedia, la corriente bajaba, y entretanto tambien, que el general Woll iba á reconocer el arroyo hácia su nacimiento, por si por algun punto facilitaba algun paso cómodo.

En fin, se acampó sobre la orilla izquierda del arroyo, en el parage que parecia menos fangoso, sin embargo de que, á muy poco que se permanecia en él en pié, iban los hombres sumiéndose: se formó en una sola línea con el frente á retaguardia, y apoyando ambos flancos al arroyo, porque hacia una especie de ángulo saliente hácia el Sur, de modo que la línea de batalla venia á ser la base de un triángulo irregular con el arroyo, y de consiguiente, abrazaba nuestros flancos y espaldas. La posicion no podia ser mas desesperada, y así lo representaron algunos gefes á Filisola; pero ademas de que no habia otro terreno mas á propósito, en caso de un combate desgraciado, de todos modos no habia otra retirada que la de pasar el mismo arroyo; porque estaban circundados por todas partes de otros muchos, y de pantanos y ciénegas; de consiguiente, era absolutamente indispensable quitar á las tropas toda idea de salvacion que no estuviese fundada en la victoria.

Como á las dos de la tarde, hallándose el general Filisola en su tienda, notó algunas voces de alegría en el campo; se levantó para examinar la causa de ellas, y no bien acabó de asomarse á la puerta, cuando se le presentó un soldado presidial montado, con otros dos hombres, que eran de los que, segun se ha dicho antes, habia prevenido al general Urrea mandase por el camino que ha-

bian traído el dia anterior, rodeados de una multitud de oficiales y tropa que victoreaban al general Santa-Anna; el primero puso en manos del general Filisola varios pliegos, y sin atender á ellos, le preguntó: "¿Dónde está el general en gefe? creyéndolo ya en el campo; aquel contestó: "No, señor, se quedó en el campo de San Jacinto." Poco satisfecho de la respuesta, entró en la tienda á leer los pliegos, que contenian el oficio y carta que siguen:

"Ejército de operaciones. — Escmo. Sr. — Habiendo ayer tenido un encuentro desgraciado la corta division que obraba á mis inmediaciones, he resultado estar como prisionero de guerra entre los contrarios, habiéndome guardado todas las consideraciones posibles; en tal concepto, prevengo á V. E. ordene al general Gaona contra-marche á Béjar á esperar órdenes, lo mismo que verificará V. E. con las tropas que tiene á sus órdenes; previniendo asimismo al general Urrea, se retire con su division á Guadalupe Victoria; pues se ha acordado con el general Houston un armisticio, ínterin se arreglan algunas negociaciones que hagan cesar la guerra para siempre.

Puede V. E. disponer, para la mantencion del ejército que desde luego queda á las inmediatas órdenes de V. E., de los caudales llegados á Matamoros, y víveres que deben ecsistir en dicho punto y Victoria, ademas de los 20.000 pesos que deben estar en esa tesorería, y se sacaron de Béjar.

Espero que sin falta alguna cumpla V. E. con estas disposiciones; avisándome en contestacion, de comenzar á ponerlas en práctica.

Dios y libertad. Campo de San Jacinto, Abril 22 de 1836. — Antonio Lopez de Santa-Anna. — Escmo. Sr. general de division D. Vicente Filisola.

Secretaría particular del presidente de la república

mexicana, general en jefe del ejército de operaciones.—Es cmo. Sr. general de division D. Vicente Filisola.—Paso de San Jacinto, Abril 25 de 1836.—Mi estimado amigo y compañero: Como no sé el tiempo que permaneceré aquí, y vdes. tienen que regresar al interior, quiero que me mande vd. mi equipage, el del coronel Almonte, el de Castrillon, el del coronel Nuñez, y un baul de mi secretario al Sr. Caro, que se halla en la sala, junto con los míos; cuidando que venga una persona de su confianza con los arrieros conductores y guia que acompañe hasta este campo, entregándole el adjunto salvo-conducto, para que no haya tropiezo en el camino. Los demas equipages de los gefes y oficiales, mandará vd. se regresen, para que á su tiempo los reciban sus respectivos dueños.

Recomiendo á vd. que cuanto antes se cumpla con mis órdenes de oficio, sobre retirada de las tropas, pues así conviene á la seguridad de los prisioneros, y en particular, á la de su afectísimo amigo y compañero Q. B. SS. MM.—*Antonio Lopez de Santa-Anna.*

El primer movimiento del general Filisola, luego que leyó el oficio, fué de la mayor indignacion; y volviéndose al general Sesma, que habia acudido á las voces, le dijo: "Pues qué, ¿creerá ese señor que no sé lo que traigo entre manos, y la responsabilidad que pesa sobre mí?" Dicho general solo le hizo advertir con una seña, la multitud de gefes, oficiales y tropa que se habian agolpado á la puerta de la tienda, por la que entraban ya los generales Tolsa y Gaona; se tranquilizó, y continuó leyendo la carta; luego otra del coronel Almonte, en que pedia se le remitiese su equipage. Entretanto, casi toda la division se hallaba agolpada al rededor de la tienda; salió de ella Filisola, y les hizo saber que el presidente vivia, aunque

prisionero, en poder de los enemigos, con otros varios gefes, oficiales y soldados, compañeros de su desgracia.

Solicitaron entonces que se tocasen dianas é hiciesen salvas, por aquella plausible noticia; se negó á ello, manifestándoles que sentia mucho no poder condescender con tan laudables deseos; porque si bien la noticia de la existencia del general en jefe y demas que se hallaban en captura con S. E., le era tan grata como á ellos mismos, no por eso, la desgracia de San Jacinto dejaba de ser un infortunio nacional, que, tan lejos de merecer solemnizarse con demostraciones de regocijo, debia llenar de pena y amargura á todo buen mexicano; que en consecuencia, se retirasen á sus respectivos campos, dejándolo en quietud y silencio, para poderse dedicar al arreglo de aquel negocio, que era sumamente urgente.

A continuacion, hizo entrar al soldado portador de los pliegos, para interrogarlo, el que manifestó, que venia del mismo campo de San Jacinto, en union de un colono á quien llamaban el coronel Smit, y otro; que éstos, habiendo encontrado todavía ardiendo la habitacion que habia en Holds-Fort, la de Mad. Powell y la que habia ocupado la caballería del general Urrea; en el mismo punto, no se habian determinado á seguir adelante, de miedo, habiéndole entregado á él los pliegos que conducian para el general Filisola; manifestándole que las tropas se conducian muy mal, y que ellos iban á hacer se continuasen las hostilidades, se fusilasen á los prisioneros, y avansasen los voluntarios sobre las tropas. Despues de algunas otras preguntas, lo despidió para conferenciar sobre aquella extraordinaria ocurrencia, con los generales Sesma, Gaona y Tolsa. Entretanto, llegó Urrea con su brigada, ocupó el lugar que se le habia destinado á la izquierda de la línea; y luego que hubo concluido el establecimiento de su campo, lo hizo llamar, juntamente con

el teniente coronel Ampudia; habiendo vuelto tambien en aquel mismo momento el general Woll, de su reconocimiento. Todos reunidos ya, les presentó el oficio y la carta del general Santa-Anna, con el objeto de que le manifestaran su opinion: cada uno espuso lo que le pareció.

La noticia de ecsistir el presidente y demas prisioneros, en nada mejoraba la situacion del ejército, ni podian hacer variar la determinacion que se habia tomado de repasar el Colorado; y antes bien, el temporal habia acabado de agravar los sólidos fundamentos en que el mencionado movimiento se habia apoyado, porque el agua habia puesto en un estado fatal las municiones, atalages, los avíos de las mulas, los muy pocos víveres que aun quedaban, el armamento, calzado, &c., &c., y por otra parte estaban rodeados de ciénegas, pantanos y arroyos, hallándose el que se habia pasado el 26 en la tarde, en el mismo estado que aquel en cuya orilla izquierda estaban campados, en términos, que el soldado que habia traído los pliegos, se habia visto en la necesidad de atravesarlo á nado, no sin gran peligro suyo y de su caballo, y habiendo tenido que pasar la silla encima de una balsita que habia hecho de algunos palos y ramas; en consecuencia, se convino unánimemente en que se debia dar una contestacion, conforme en lo aparente, á lo que el general Santa-Anna solicitaba, para concluir el movimiento con comodidad, proporcionar así mejor trato á su persona y á los demas prisioneros, y tomarse tiempo, si posible era, para recibir nuevas órdenes é instrucciones del supremo gobierno, noticias de la sensacion que la desgracia de San Jacinto ocasionase en lo interior de la república, y hacer todos los demas aprestos que antes se dejan dichos, para tomar la ofensiva oportunamente.

Para dar viso de mayor formalidad á esta aparente con-

descendencia, y mas seguridad al general Santa-Anna, se acordó tambien, que uno de los gefes del ejército marchase al campo de San Jacinto, no á tratar con el cabecilla enemigo, porque no se queria antes de recibir las órdenes del supremo gobierno, comprometerse con ellos de manera alguna, sino á ver al presidente, para darle con esto mas prestigio, y hacer creer á los enemigos que en efecto se pasaria por todo lo que S. El pactase con ellos; al mismo tiempo que el comisionado procurase imponerse del número y calidad de los rebeldes, su armamento, municiones, recursos, &c., &c., para que, es cierto que se prestaron inmediatamente los generales Urrea, Woll y otros; pero el general Filisola se decidió por el segundo, porque ademas de los conocimientos y finos modales que le asisten, habia en él la imponderable ventaja de hablar el inglés; con lo que, no solo podia esplicarse con el gefe enemigo, y otros de los principales, sino que tambien le era facil aprovecharse de las conversaciones de la multitud, que como gente sin disciplina ni orden, no dejarian de espresarse en términos poco reservados, que hiciesen traslucir cuáles eran las verdaderas intenciones de todos ellos; teniéndose por seguro, ademas, que la presencia del general Urrea en aquel campo, no solo hubiera puesto en mayor riesgo al presidente y demas prisioneros, sino que el mismo lo hubiera corrido muy inminente de ser asesinado, por que ya se sabia allí lo ocurrido en la Mision y Goliad, con sus mismos prisioneros.

En consecuencia, se dieron al presidente las siguientes contestaciones, concebidas en los términos que se ve, porque era indudable el que antes que él las leyese, lo verificarian los enemigos.

“Ejército de operaciones.—Esemo. Sr.—Luego que llegó á mi conocimiento por algunos oficiales y tropa dis-

sa, el encuentro desgraciado que V. E. me comunica en su nota de 22, hice los movimientos que me convenian para la concentracion del ejército; y verificado esto, marché sobre este flanco, para que desembarazado de algunas cosas inútiles y bromosas, tomar de nuevo la iniciativa sobre el enemigo; mas atendiendo á la mencionada comunicacion de V. E., á las circunstancias que en ella expresa, queriendo dar una prueba de mi aprecio á su persona como á los prisioneros existentes de que V. E. me habla, voy á repasar el Colorado, y cesaré las hostilidades, siempre que el enemigo no dé lugar á continuarlas.

Los generales Gaona, Urrea, y Ramirez y Sesma con sus divisiones, se hallan unidos á mí, como arriba dije; V. E. sabe muy bien las fuerzas disponibles con que yo puedo obrar con estas divisiones, y por consiguiente, conocerá que ceso las hostilidades, á pesar de mi responsabilidad con el supremo gobierno, únicamente, repito, por la consideracion debida á su persona, y á la paz de la república; mas en cambio, quiero saber tambien que ésta y la de los prisioneros existentes serán enteramente respetadas, como lo son la de varios de los contrarios que tengo en mi poder. Cesando, como digo á V. E., las hostilidades, serán respetadas tambien las propiedades; se tomará solo lo muy preciso para el ejército, y si su dueño comparece, será pagado religiosamente, como lo habria sido, si no hubieran dejado abandonadas, y en la mayor parte quemadas sus habitaciones.

Algunas pequeñas casas de madera han sido incendiadas, con indignacion mia y de los señores generales que vienen á mis órdenes; este hecho, cometido por los merodeadores, que nunca faltan en los ejércitos, llamó nuestra atencion en tal grado, que en consecuencia, impuse pena de la vida al que lo repitiese, aun antes de recibir la comunicacion de V. E.

Como V. E. me dice que se ha acordado con el general Houston un armisticio, y no me explica las bases de él, pasa el general D. Adrian Woll para imponerse de ellas, para que sea cumplido por nuestra parte, y poder tambien ecsigir su cumplimiento á los contrarios. Con lo dicho queda obsequiado todo lo que V. E. me dice en su ya citada nota y yo tengo la mayor satisfaccion en reiterarle mi aprecio y consideracion.

Dios y libertad. Arroyo de San Bernardo, Abril 28 de 1836.—Escmo. Sr.—*Vicente Filisola*.—Escmo. Sr. presidente, general en jefe del ejército de operaciones, D. Antonio Lopez de Santa-Anna.

“Escmo. Sr. general de division, presidente de la república D. Antonio Lopez de Santa-Anna.—Arroyo de San Bernardo, Abril 28 de 1836.—Mi respetable compañero amigo y señor: Por su apreciable de 25 me he llenado de satisfaccion al ver que ecsiste y que se le han guardado las consideraciones debidas á su carácter: los compañeros lo han celebrado tanto como yo, y á su nombre felicito á vd. su equipage de vd. y el de los señores Almonte, Castrillon y Nuñez, no están aquí ya, pues como le digo oficialmente, queria desembarazarme, para volver á comenzar mis operaciones sobre los contrarios; pero haré que le sean á vd. remitidos de Guadalupe Victoria é irán acompañados de personas de confianza, para que los reciba vd. sin lesion, y lo mas pronto.

Sobre su comunicacion oficial, ya le contesto que va á ser, obsequiada, pues su persona nos es demasiado apreciable.

El salvo conducto que vd. mandó, lo llevan los dados para que pueda recibir estas comunicaciones: vd. procurará que lo traigan á su regreso para que sirva á los que conduzcan los equipages.

Los generales Urrea, Ramirez, Gaona, Tolsa y Woll, lo abrazan á vd. cordialmente, habiendo recibido el mayor gusto por la noticia de su existencia; yo lo he tenido igualmente: saludo á sus compañeros desgraciados y me repito á vd. su afectísimo amigo y servidor Q. S. M. B. —*Vicente Filisola.*”

De todo esto se dió conocimiento al supremo gobierno el mismo dia, como se ve en el siguiente parte:

“Ejercito de operaciones.—Escmo. Sr.—Hoy he recibido la comunicacion oficial y particular del Escmo. Sr. presidente D. Antonio Lopez de Santa-Anna, que acompaño á V. E. Como yo debia y habia empezado mi movimiento, por conveniencia del mejor servicio, segun manifesté á V. E. en mi nota de 25 del presente; por esta razon, por las que mas latamente manifestaré oportunamente á V. E., y por lo que indica el Escmo. Sr. general Santa-Anna, le he contestado lo siguiente: (es lo que queda transcrito.)

Y lo aviso á V. E. para que se sirva dar cuenta con todo, al Escmo. Sr. presidente interino, para su superior resolucion.

Dios y libertad. Arroyo de San Bernardo, 28 de Abril de 1836.—*Vicente Filisola.*—Escmo. Sr. secretario de guerra y marina.”

En efecto, el dia 28 por la mañana el general Woll con dos gastadores de Cuautla, un oficial de los del general Urrea y un español dependiente de Tallafé, se pusieron en camino para el campo de San Jacinto, habiendo encontrado mucha dificultad para poder vadear el arroyo que habia pasado el ejército el dia 26, al grado de tenerlo que verificar á nado, y pasar las sillas en una pequeña balsa que hicieron, con algunos palos y ramages.

De todo se dió aviso tambien al general Andrade, á

Béjar, previniéndole que estuviese con vigilancia, y dispuesto cuanto tenia á su cargo, para poder moverse á la primera orden. Al general Urrea se le previno mandarse retirar el destacamento que se hallaba en Matagorda, para Guadalupe Victoria; y al comandante del destacamento de este último punto, que mandase los víveres que pudiese al paso del Atascosito en el Rio Colorado; y si en aquel punto no los habia, trascribiese la orden al comandante de Goliad, con el mismo objeto; y como ni en los carros que habia allí, ni en la tropa, habia caballo alguno útil para llevar estos pliegos, se compró uno en cien pesos al general Urrea, para que condujese el del supremo gobierno hasta Matamoros, y otro al teniente coronel D. Gregorio Gonzalez en cuarenta, para llevar á Béjar el del general Andrade.

A las nueve de la mañana del mismo dia 28, el arroyo, en vez de haber bajado iba creciendo: el general Woll habio informado que en el reconocimiento que habia hecho el dia anterior en mas de dos leguas, arroyo arriba, en lugar de haber encontrado mas facilidad de pasarlo, que por donde estaba el campo, hallaba que la imposibilidad se hacia mayor hácia su nacimiento, porque terminaba en una ciénega y laguna inmensa: otros reconocimientos que se habian mandado practicar arroyo abajo, tampoco habian tenido mejor éxito; y como no habia tiempo que perder, porque cuanto mas se detenia, mas se empapaba el terreno, era preciso salir de aquella situacion lo mas pronto posible. En consecuencia se informó entonces Filisola de uno de los prácticos que venia con el general Urrea, acerca del tiempo que tardaria el arroyo en dar paso, y por qué parage podria descabezar. El práctico manifestó, que como el terreno era muy llano, la corriente era casi ninguna, y que seguramente no bajarían de 12 ó 15 los dias que se necesitarían esperar; que despues

quedaba su paso tan fangoso, que creia como imposible que los caballos, mulas, piezas y carros, lo pudiesen verificar en mucho tiempo; que aun despues de vencido el arroyo, les quedaba que atravesar un carrizal de cinco leguas, del que desde luego no saldria una sola béstia útil, por su fangosidad, angostura del camino y atolladeros, y que en su concepto el mejor partido que pudiesen tomar, era el de volver atras por la misma casita en que habian pasado la noche anterior; por cuya inmediatecion atravesaba un camino que llamaban del Contrabando, que iba á dar al Rio Colorado en el parage del Atascosito, que era el mismo por donde habian pasado las tropas aquel rio, yendo de Béjar á San Felipe; y como Filisola lo conocia ya, y por otra parte, no habia otro por donde verificarlo, porque el arroyo que habian pasado el dia anterior estaba lo mismo, y no podian ir á tomar el camino que va para San Felipe; el que ademas, conduciéndolos rumbo diametralmente opuesto al de nuestros destacamentos, si los enemigos emprendian alguna operacion sobre ellos, tardarian á lo menos cinco ó seis dias mas en poder darles auxilio, se decidió á seguir el camino que le indicaba el práctico, á falta de el del Casey, que dejaban á la izquierda.

El general Urrea tuvo la imprudencia esa mañana, casi en presencia del general Filisola, de increpar á D. Salvador Cuellar y D. N. Rodriguez, que eran sus prácticos, porque dieron conocimiento á Filisola de los caminos, diciéndoles: *que si el general queria saberlo, que se lo preguntase á él;* y que en tal concepto, cuidado con que volviessen á decirle lo mas mínimo, porque para eso estaba él allí, ¿no era esto querer que no se viese ni oyese otra cosa mas de lo que él queria?

CAPITULO XVII.

Marcha retrógrada del ejército.—Lodazales.—Situacion comprometida.—Penalidades del ejército.—Calidad de la superficie de Tejas.—Algunas reflexiones sobre esta marcha.—Se adelanta el general Urrea con su brigada al Colorado.—Se desprende el ejército de algunos estorbos, para aligerar las cargas.—Se da orden al comandante de Guadalupe para que remita algunos víveres al Atascosito.—Redoblan las penurias de la marcha.—Continúan las brigadas al Atascosito.—Ampudia queda encargado de sacar la artilleria y los carros, del lodo.—Llegan las brigadas á un bosque, y vuelven las mulas de carga atras, por otras.—Se refuerza la escolta de Ampudia.—Aparece á la retaguardia el traidor Seguin.—Enfermedad de la tropa.—Llega Filisola al Atascosito, en el Colorado.—Se ocupa de construir una balsa.—Falta de subordinacion de Urrea.—Marcha para México el general Sesma.—Espedicion del ayudante Rivera.—Se previene al comandante de Goliad, para que auxilie á las goletas, para que vuelvan á Matamoros por mas víveres.—Se reciben otras comunicaciones del general Santa-Anna.—Oficio.—Carta particular.—Contestaciones.—Llegan al Colorado los últimos restos que habian quedado en los atascaderos.—Llega tambien, con su brigada, el general Gaona, y se acaba de pasar de este otro lado del rio.

Por último, entre diez y once de aquel dia, se emprendió la marcha con la primera y segunda brigada; y habiendo solicitado el general Urrea quedar algun tiempo mas en el campo, con el objeto de que la tropa acabase de secar su ropa, y no presentando inconveniente alguno, porque la marcha debia ser muy pesada por la artilleria y carros, en razon á lo atascoso del camino, y que él po-